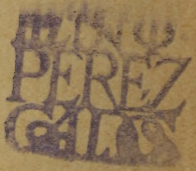
3 1761 09546636 3

SANTA JUANA DE CASTILLA

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.



Hijos de Tello, impresores. C. de San Francisco, 4.

LS
P4387s

B. PÉREZ GALDÓS

TEATRO

SANTA JUANA DE CASTILLA

TRAGICOMEDIA EN TRES ACTOS

Representóse en el Teatro de la Princesa la noche del 8 de Mayo de 1918.

2.000

743220
16.4.30

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1918

PERSONAJES

DOÑA JUANA, Reina de Castilla.....	SRA. XIRGU.
DOÑA LISARDA, Camarera mayor de la Reina y esposa de Valdenebros...	SRTA. LÓPEZ LAGAR.
MARISANCHA, dueña al servicio de Doña Juana.....	» RIVAS.
POCA MISA, aldeana.....	SRA. MESA.
MARQUESA DE DENIA.....	» BLANCO.
FRANCISCO DE BORJA.....	SR. FUENTES.
EL MARQUÉS DE DENIA, Gobernador y administrador de la casa de la Reina.....	» CALVÉ.
EL CONDE DE AGUILAR, enviado del Emperador Carlos V.....	» VIÑAS.
DON GASPAR DE LA CUEVA, Secretario del Marqués de Denia.....	» ORTIZ.
DON ALFONSO DE VALDENEBROS, Teniente de Mayordomía mayor y *Contino* de la casa.....	» RIVERO.
MOGICA, Veedor de la casa de Doña Juana.....	» LUCIO.
PERONUÑO, aldeano.....	» ALONSO.
DOCTOR SANTA CARA, Médico de Su Alteza.....	» PUGA.
UN BALLESTERO DE MAZA.....	» CASANOVA.
UN PORTERO DE CADENA.....	» AGUDÍN.
UN OFICIAL DE LA MAYORDOMÍA MAYOR.....	» MACÍA.
UN MONTERO DE GUARDA.....	» ÁLVAREZ.
ANTOLÍN.....	SRTA. BRAVO.
SANCHICO.....	SRA. ÁLVAREZ SEGURA.

Damas, dueñas, chiquillos, criados, pajes y aldeanos de ambos sexos.

La acción en Tordesillas, año de 1555.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla en España, ni en ninguno de los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

ACTO PRIMERO

Sala en el Palacio de Tordesillas. En el foro izquierda, puerta que conduce á los aposentos de Doña Juana. A la izquierda, primer término, puerta grande que comunica el Palacio con el exterior. En el testero del fondo dos grandes retratos al óleo, uno de Isabel la Católica y otro de Carlos V (copia del de Ticiano, universalmente conocido). Mueblaje de la época.

ESCENA PRIMERA

MOGICA, viejo servidor de Doña Juana, que ha sido su Maestresala, y actualmente es Veedor ó Mayordomo; MARISANCHA, dueña al servicio de Doña Juana.

MOGICA

(Entrando por la izquierda, dirígese á Marisancha, que está limpiando el polvo de los muebles.) Pienso, Marisancha, que ha dispertado ya Su Alteza.

MARISANCHA

Largo rato ha que dejó el lecho, y agora la tienes paseo arriba, paseo abajo, hablando

sola. Tenemos á nuestra señora, de algunos días acá, dígolo con reverencia, harto desconcertada.

MOGICA

Déjame que te explique. Lo que con palabra ó gesto expresa la Reina, parece indicar que no anda sobrada de juicio. Por loca la tuvieron, y aún la tienen, los que no la conocen como yo. Su Alteza discurre atinadamente sobre cualquier asunto. Su único desconcierto consiste en no darse cuenta y razón del paso del tiempo. Ayer mismo me habló de la presencia de los Comuneros en Tordesillas, cual si esto fuera un caso ocurrido poco ha. «Señora, considere que han pasado treinta y tantos años desde que estuvieron aquí aquellos valientes caballeros, que de Dios gocen.»

MARISANCHA

Ya sé que para ella es lo mismo el antaño que el hogaño. Pero otras razones tenemos para dudar de su cabal juicio. Es público aquí y en toda Castilla que el mayor achaque de la señora es que está tocada ó inficionada de herejía.

MOGICA

¡Pobre Marisancha! Tú no sabes lo que dices. Para que lo entiendas, te contaré un sucedido...; pero has de guardarme el secreto.

MARISANCHA

Descuida; yo seré arca cerrada.

MOGICA

(Con misterio.) Estando yo en Gante al servicio del Secretario Conchillos, llegó á visitar á Su Alteza en su palacio un holandés llamado Erasmo, el cual gozaba fama de hombre muy sabio; el más sabio de aquellos tiempos. Después de hablar afablemente con Su Alteza, la obsequió con un libro escrito por él.

MARISANCHA

Ya, el misal de las herejías.

MOGICA

No, no; el rótulo del tal libro es *Elogio de*

la locura, y debe ser obra muy cristiana cuando el Papa León X la leía y releía con deleite.

MARISANCHA

También la señora se recrea, y no tiene otro devocionario que esa *Locura* de D. Fantasmo. Y ese libraco, que según dices tú lo leía el Padre Santo, lo guarda mi señora en su seno como reliquia, y de toda mirada curiosa lo recata. Cosa buena no será cuando así lo esconde. Y dígote más, Mogica: ¿Por qué nuestra señora no asiste nunca á los Divinos Oficios en la iglesia? (Mogica alza los hombros para dar á entender la confusión en que le pone Marisancha.) ¿Es que no atinas á contestarme?

MOGICA

Sí atino, sí, Marisancha. ¿Crees tú, como yo, que la señora es buena, muy buena, hasta dejárselo de sobra?

MARISANCHA

Buena es de su natural, y sus servidores la queremos como á una madre.

MOGICA

¿Tiénesla por orgullosa y tiránica?

MARISANCHA

Eso no.

MOGICA

¿Sabes que en su mocedad amó á su marido locamente, y locamente le amó después de muerto?

MARISANCHA

Públicos fueron en Castilla sus arrebatos.

MOGICA

Y no ignorarás que encerrada en este triste palacio cincuenta años ha, se ha mantenido siempre resignada, soportando humillaciones sin cuento. (Mogica vigila la puerta para ver si alguien le oye.) Aquí, Marisancha, las paredes oyen, y hemos de medir cautelosamente nuestras palabras. (Bajando la voz.) ¡Chitón! En el tiempo que llevas aquí, habrás advertido que el Marqués de Denia, jefe de la Casa Real de la señora...

MARISANCHA

Ya lo sabemos. No le guarda las consideraciones debidas á una Reina.

MOGICA

El Rey Católico y Cisneros asignaron á Doña Juana una suma crecida para el sostén decoroso de esta señora, cuando la inhabilitaron para el gobierno de Castilla.

MARISANCHA

Pero este Marqués de Denia, avariento y desvergonzado, aprovecha para su fachendosa mujer los coches, los palafrenes...

MOGICA

(Vivamente.) Y toda la servidumbre de á pie y de á caballo, guardias..., monteros... y demás, que debían ser para la Soberana. Habrás visto, Marisancha, que la Reina nuestra señora no le disputa al Marqués estas grandezas, y permanece solitaria y obscura, mal alimentada y peor servida, como si aquí viviera de limosna.

MARISANCHA

Así, así; como de limosna.

MOGICA

Y ahora te pregunto yo: ¿No es esto virtu? ¿No es humildad? ¿No es cristianismo? ¿No es esto desprecio de las vanidades terrenas para elevar el espíritu á lo divino, á lo eterno?

MARISANCHA

Sí; Doña Juana es una señora ejemplar, y lo sería más si asistiera á las cirimonias de nuestra religión.

MOGICA

¿Qué entiendes tú de cirimonias ni de letanías? Nuestra Reina lleva la religión en su alma piadosa. Ama fervorosamente á los humildes, á los limpios de corazón. (Ve aparecer á Doña Juana por el foro izquierda, andando despacito.—Indicando silencio.) Viene como siempre, hablando sola. (Apártanse á un lado para no ser vistos.) Tan hecho estoy á verla en tal guisa, que por los movimientos de sus manos entiendo lo que á sí misma se dice.

MARISANCHA

¿Y qué se dice?

MOGICA

Cállate agora, que tiene el oído muy sutil y podría escucharnos.

ESCENA II

Los mismos.—DOÑA JUANA

DOÑA JUANA

(Que ha notado la presencia de sus servidores, se detiene y les mira.) ¿Quién está ahí? ¡Ah!... Mogica... Marisancha.

MOGICA

Sí, señora. Al ver llegar á Su Alteza, hemos comprendido, por el ademán de sus nobles manos, que se entretiene en contar los Príncipes, Reyes, Emperadores, que forman la muchedumbre de su augusta parentela.

DOÑA JUANA

Tantas son las cabezas coronadas que me

llaman madre, hermana, tía, abuela..., que no acierto á contarlas sin que se me escape alguna en la cuenta.

MOGICA

En la persona de Vuestra Alteza vive medio siglo de la historia del mundo.

DOÑA JUANA

Para mí no hay más historia que la de Castilla. De esta tierra ha salido todo lo grande que existe en la humanidad.

MOGICA

Y toda la gloria es para Vuestra Alteza.

DOÑA JUANA

No; para mí no hay gloria, Mogica. Yo no soy nadie; vivo en este aislamiento de Tordesillas viendo pasar las glorias ajenas, viendo pasar la historia..., ¡ay!..., que pasa sin dejar el menor rastro en mi existencia solitaria.

MARISANCHA

Señora: aquí viene la dama de Vuestra Alteza, doña Lisarda. (Entra doña Lisarda, y dirigiéndose á la Reina, le besa la mano.)

ESCENA III

Los mismos.—LISARDA, dama de buen porte y maneras aristocráticas.

LISARDA

Señora, he tardado porque me entretuve en repartir las limosnas que Vuestra Alteza me dió para los pobres.

DOÑA JUANA

Está bien. (Indicándole que se siente.)

LISARDA

He visto á los dos hidalgos que Vuestra Alteza quiere socorrer. Uno de ellos, el de Cogeces, me ha entretenido contando los sucesos de la toma de Granada por la madre de

Vuestra Alteza. Él me contó también sus proezas, que por lo bizarras creyéranse tomadas del Romancero.

DOÑA JUANA

¿Y el otro hidalgo, el de Hornillos?...

LISARDA

Ese infeliz padece una fuerte podagra. Ya se le ha caído un pie, y está esperando que se le caiga el otro para concluir de una vez.

DOÑA JUANA

Pobre hombre; así acaba el que peleó gloriosamente en Italia bajo las banderas del Gran Capitán. Tú, Marisancha, no descuides tus quehaceres. (Al retirarse Marisancha, hace ademán de seguirla Mogica.) Mogica, quédate aquí; te necesito. (Mogica retírase hacia la izquierda.)

LISARDA

La Marquesa de Denia se ha ido hacia Rueda; lleva tres coches de gala y treinta ó más hombres de á caballo.

DOÑA JUANA

Vaya con Dios. No le envidio esas grandezas. Yo también saldría de Tordesillas; no con aparato de coches y caballos, sino con vos, Lisarda, y con la modesta servidumbre más allegada á mi persona. Y saldría para espaciarme en el campo, recorriendo aldeas y caseríos de gente menesterosa y rústica.

LISARDA

Pero esas escapatorias no las consentiría el de Denia.

DOÑA JUANA

¿Y no podríamos salir sin que mi guardián se percatara de ello?

LISARDA

Arriesgada y difícil sería esa salida; pero preparándola oportunamente, tal vez... (Con una idea súbita.) Nadie mejor que mi esposo podría...

DOÑA JUANA

¡Ah, sí! El buen Valdenebros, tan afecto á mi persona. ¿Está en Tordesillas?

LISARDA

Hoy ha vuelto de Villalba del Alcor, donde tenemos una granja que requiere vigilancia continua.

DOÑA JUANA

¿Y por qué no va Mogica á decir á Valdenebros que tenemos que hablarle?

MOGICA

(Adelantándose.) Aquí viene el señor Marqués de Denia con su Secretario, don Gaspar de la Cueva, y el señor Conde de Aguilar, enviado de Su Majestad Carlos V.

DOÑA JUANA

(A Mogica.) Retírate mientras el Marqués y esos señores hablan conmigo. (Mogica se desliza cautelosamente, ocultándose en la primera caja de la izquierda.)

ESCENA IV

DOÑA JUANA, LISARDA, EL MARQUÉS DE DENIA, EL CONDE DE AGUILAR, DON GASPAR DE LA CUEVA

DENIA

(Besando la mano á Doña Juana con afectado respeto.) Señora, os veo en buena salud, y de ello se huelga verdaderamente vuestro servidor.

DOÑA JUANA

(Con fría indiferencia.) Gracias, Marqués. (Con leve puntillo de acrimonia.) Hartas pruebas tengo del interés que tomáis por mí.

DENIA

Presento á Vuestra Alteza al señor Conde de Aguilar, que viene á comunicaros la voluntad del Emperador Carlos V.

AGUILAR

Señora: el Emperador, mi amo, me envía para que le lleve nuevas de vuestra salud y...

DOÑA JUANA

¡Ah! ¿Sois vos, el que me trajo la noticia del saqueo de Roma y de la prisión de Clemente VII..., sucesos que ocurrieron estando mi hijo en Valladolid, cuando nació mi nieto Felipe, heredero del Trono?

DENIA

Señora, eso ocurrió hace largos años. Vuestra Alteza confunde las fechas...

DOÑA JUANA

Tenéis razón, Marqués; mi cabeza es un libro, en el cual no falta ninguna página, sólo que la numeración está borrada y las fechas son para mí letra muerta.

DENIA

El Conde de Aguilar, muy experto en necrología, os prestará eficaz ayuda para ordenar las fechas. Y ahora, señora, deme licencia para retirarme, que asuntos pertinentes al servicio de Vuestra Alteza me llaman á otro lugar.

DOÑA JUANA

(Vivamente, deseando que se vaya.) Sí, Marqués, retiraos. No perdáis vuestro precioso tiempo al lado mío. El Conde de Aguilar me informará de lo que mi hijo desea.

DENIA

(Haciendo una reverencia se despide de la Reina, y cogiendo del brazo á su Secretario, le habla en secreto.) Quédate aquí, y con disimulo atiende á la conversación. No pierdas sílaba de lo que la Reina contesta al César. (Vase el Marqués de Denia.)

ESCENA V

Los mismos, menos EL MARQUÉS DE DENIA.

AGUILAR

Señora: el Emperador, atento á la tranquilidad de su querida madre, así en lo temporal como en lo espiritual, le envía al santo varón Francisco de Borja para que la conforte y guíe sus actos en lo que sea menester.

DOÑA JUANA

¿El nieto del Papa Alejandro VI? ¿El Duque de Gandía, que fué caballerizo de mi nuera la Emperatriz Isabel? ¿El que la llevó á Granada para enterrarla junto á mi madre y mi esposo, y al descubrir el cadáver descompuesto, sintió tal emoción, que abandonó el siglo y se entregó en brazos de Ignacio de Loyola?

AGUILAR

El mismo, Señora; y en su nuevo estado da ejemplos edificantes de virtud y santidad.

DOÑA JUANA

Ya entiendo la misión que trae ese venerable sujeto. Mi hijo me lo manda como confesor. Pues decid á vuestro amo que, reconociendo como reconozco la extraordinaria virtud de Francisco de Borja, confesores tengo yo en mi casa para cuando los necesite. (Mostrando inclinación á la rebeldía.) Es, en verdad, muy extraño que mi hijo, en persona ó por embajada, no se llegue á mí sino para mortificarme. Nunca olvidaré su inhumano pro-

ceder conmigo cuando vino á España para ceñirse la Corona de estos reinos. Rompiendo tabiques y sobornando criados me fué arrebatada mi hija, la Infantita Catalina, que era mi único consuelo en esta soledad. ¡Oh desventura mía! ¡El trance más amargo que soportar pudo un corazón de madre!

AGUILAR

Perdone Su Alteza. El objeto del Emperador fué tan sólo que su inocente hermana adquiriera hábitos de persona regia, para que pudiese en su día enlazarse con algún Monarca reinante. Su Alteza no olvidará que á los pocos días se le devolvió la niña adornada con nuevas galas, propias de su alta estirpe.

DOÑA JUANA

(Protestando.) Se me devolvió la niña porque yo la reclamé con tesón de madre.

AGUILAR

Al lado vuestro permaneció Doña Catalina hasta que su hermano concertó casarla con Don Juan III de Portugal, y en Lisboa se en-

cuentra feliz. Terminado este desagradable incidente, que ha desviado nuestra conferencia del asunto principal, volvamos á la misión que hoy aquí me trae.

DOÑA JUANA

(Con displicencia.) El César, como llaman á mi hijo desde que fué coronado en Alemania, debiera ocuparse, más que en recomendarme confesores, en administrar los negocios de Castilla como cumple al Soberano de estos reinos. Mi hijo, desconocedor de las grandes virtudes de este pueblo, donde abundan los corazones rectos y las inteligencias despejadas, nos ha traído acá una nube de flamencos que devoran toda la riqueza, y á la postre nos llevarán á la completa ruina del suelo castellano. Esto diréis á mi hijo.

AGUILAR

(Desconcertado.) Señora: el Emperador no sólo desea vuestro bien, sino el bien de Castilla, y no me determino á comunicarle las desabridas quejas que acabo de oir de vuestros labios. Decidme, señora, alguna palabra que lleve al ánimo del Soberano la paz de que

está tan necesitado. Considere Su Alteza que su augusto hijo vive hoy agobiado por diferentes cuestiones temporales y espirituales, así en Castilla como en Aragón, en Italia, en Alemania y en los territorios africanos... (Pausa: Doña Juana, completamente abstraída, inclina la cabeza hasta tocar la barba con el pecho.) ¿Calláis, señora?

DOÑA JUANA

En este cautiverio, humillante para una Reina, mi respuesta no puede ser otra que el silencio. Silencio..., obscuridad..., olvido... (Se levanta, dando por terminada la visita. Levántase también doña Lisarda. El Conde de Aguilar y don Gaspar de la Cueva, que en el final de esta escena se han mirado con marcado interés, se reunen, é inclinándose respetuosamente se retiran.)

ESCENA VI

DOÑA JUANA, LISARDA, MOGICA, que ha permanecido oculto en la primera caja y asoma la cabeza.

DOÑA JUANA

¿Qué os parece, Lisarda, la contestación que he dado á mi hijo?

LISARDA

Muy bien, señora. Habéis hablado cual corresponde á una Reina de Castilla.

DOÑA JUANA

Por respeto al César me encerré en el silencio.

LISARDA

Digisteis silencio..., obscuridad..., olvido.

DOÑA JUANA

(Con firmeza.) Y completo esa idea, diciendo ahora libertad. No puedo permanecer en esta opresión tediosa, malsana.

LISARDA

Cuando venga Valdenebros trataremos de la evasión, á escondidas del Marqués. Ahora debe Su Alteza alimentarse, porque hace días que apenas come.

DOÑA JUANA

Ya veis que hago esfuerzo por alimentar-

me, venciendo la repugnancia de comer en tosca vajilla de barro, pues de la loza fina y de los vasos de plata se sirve la Marquesa para sus banquetes.

LISARDA

Pues si conseguimos salir libremente al campo, mi esposo y yo llevaremos á Su Alteza á nuestra finca de Villalba del Alcor, donde tenemos servicio esmerado, como corresponde á Vuestra Alteza.

ESCENA VII

Dichos.—MARISANCHA; después MOGICA, VALDENEBROS.

MARISANCHA

Puede pasar Su Alteza al comedor, donde se le servirá un yantar pasadero hasta que vengan días mejores.

LISARDA

Y después de comer debe la señora ponerse otro vestido, para que pueda salir de Palacio

con dignidad. (Al retirarse hacia el comedor entran Mogica y Valdenebros, caballero de mediana edad, de porte elegante.)

VALDENEBROS

Mogica me ha prevenido del propósito de salir al campo. Iremos á Villalba del Alcor sin pompa ni ruido, para que el Marqués, con su acostumbrada astucia, no nos corte el paso, impidiendo la inocente travesura de esta pobre Reina... Pero debo añadir que no es ocasión todavía; esperemos .. Sigan. Que coma pronto la señora y que cambie de vestido. Yo aguardo aquí. (Vanse Doña Juana y Lisarda.)

ESCENA VIII

MOGICA, VALDENEBROS

VALDENEBROS

Oye, Mogica: tú que eres un sabueso que todo lo huele y un lince que todo lo ve, ¿sabes dónde ha ido el Marqués de Denia?

MOGICA

Señor, yo entendí que fué á Rueda con la

Marquesa y toda la guardia; pero el cura de San Antolín hame dicho al entrar aquí que el Marqués ha ido á Simancas, á esperar á un elevado personaje que viene de parte del Emperador.

VALDENEBROS

¡Ah, ya! Ese elevado personaje es sin duda el que en el siglo se llamó Duque de Gandía... Pero tardarán en llegar aquí. Tenemos tiempo de preparar secretamente la salida de la Reina para su excursión campestre. Si la guardia no está saldremos á la arboleda de Foraño, y allí permaneceremos hasta la caída de la tarde. Seguramente el Marqués echará rayos y centellas contra los que favorecemos la salida de Su Alteza; pero yo afronto la responsabilidad del caso condolido del martirio de esta infeliz señora, encerrada años y años en este Palacio lúgubre, desatendida, mal alimentada y peor servida; esto clama al cielo. ¿Cómo ha de tener salud esta pobre mujer, que sólo es Reina en el nombre, á quien no se le permite siquiera el inocente recreo de hablar con sus súbditos y respirar el aire campesino?

MOGICA

(Con vehemencia.) Eso mismo digo yo; que el mejor remedio de las dolencias de esta señora, próxima al fin de sus días, será gozar de alguna libertad. ¿De qué creéis que provienen sus melancolías, sus delirios, su inapetencia y sus sombríos pensamientos?

VALDENEBROS

Tienes razón, Mogica. El Doctor Santa Cara, médico de Su Alteza, me ha dicho más de una vez que esta señora no puede estar sometida á tan nocivo aislamiento. Á esto añado yo que la planta más vigorosa y lozana, privada de aire y luz, se agosta y muere. Toda la vida de esta Reina ha sido un continuado suplicio. Primero el amor desatinado que tuvo á su esposo, la ingratitud de éste, su muerte; luego la resolución despiadada del Rey Católico y Cisneros, privándola del gobierno de Castilla para confinarla en este tétrico Palacio de Tordesillas, donde lleva ya medio siglo de cautiverio, como si estuviera expiando un delito. Esto no puede ser y no será. (Aparece por el fondo Doña Juana, con traje de

paseo; con su mano derecha se apoya en un bastón, y con la izquierda se agarra al brazo de Lisarda. Detrás viene Marisancha.)

ESCENA IX

DOÑA JUANA, VALDENEBROS, LISARDA, MOGICA, MARISANCHA

DOÑA JUANA

(Con semblante alegre.) ¿Partiremos, Valdenebros?

VALDENEBROS

Sí, señora; pero hemos de esperar la ocasión propicia. No hay peligro por esta tardanza, porque así la salida será más fácil y segura.

DOÑA JUANA

(Que al saber la pronta partida, se expresa con desusada locuacidad.) Llevadme á la arboleda de Foraño. Saliendo yo una tarde del santuario de la Virgen de la Peña, con mi madre y mi hermana Catalina, que luego casó con Enrique VIII de Inglaterra y fué tan desgraciada como sabéis, vino á nuestro encuentro un enviado del Papa Alejandro VI, con una bula. ¿Os acordáis de esto, Lisarda?

LISARDA

¿Cómo he de acordarme, señora, si en ese tiempo yo no había nacido todavía?

DOÑA JUANA

Pues aquella bula era un mapa en que Su Santidad, trazando una línea de Norte á Sur, nos decía que la parte oriental era para los descubrimientos de Portugal y la occidental para los descubrimientos de España. Estas son grandezas de Castilla, grandezas que pasaron y no volverán. Mi madre elévó á Castilla hasta las más altas cumbres de la gloria, y en esto le ayudó aquel loco sublime Cristóbal Colón, que incorporó á Castilla los inmensos territorios del llamado Nuevo Mundo. Esos hechos están estampados en mi cabeza. Hubiera querido yo ser tan grande como mi madre; pero ya es tarde: yo no valgo nada.

VALDENEBROS

(Que vuelve, después de inspeccionar por el foro el exterior del edificio.) Señora, ya está libre la salida: vámonos al punto.

DOÑA JUANA

¡Ya respiro! ¡Ancha Castilla! Voy á ver mi pueblo. ¡Ampárame, Dios, en este último goce de mi vida! (Vanse por el fondo.)

ESCENA X

MOGICA; después DON GASPAR DE LA CUEVA.

MOGICA

(Mirando hacia el exterior.) ¡Buena me ha caído! Y si viene ahora el Marqués, ¿qué le digo? Pues, la verdad: que la Reina ha ido á espaciarse un ratito por el campo. (Asustado, viendo llegar á don Gaspar de la Cueva.) Aquí viene don Gaspar de la Cueva. Barrunto que el odioso Marqués no está lejos.

DON GASPAR

(Entrando.) Mogica: ¿Puedo ver á la Reina?

MOGICA

(Turbado, vacilando.) No sé, no sé.

DON GASPAR

Vengo de parte del Marqués á prevenirla para la visita del venerable Francisco de Borja.

MOGICA

¿Pero ya está aquí?

DON GASPAR

Ya viene. Pasad recado á la señora para que se disponga á recibir al mensajero del Emperador.

MOGICA

No puedo pasarle recado porque la señora no está en casa.

DON GASPAR

¿Cómo es eso?

MOGICA

Ha salido con doña Lisarda y el señor Valdenebros á holgarse un ratito en el campo. Pues el médico, señor Santa Cara, aconsejó que Su Alteza hiciera ejercicio y respirase el

aire sano y puro. La inmovilidad entumece á la señora y le agrava la tristeza y postración que padece.

DON GASPAR

¿Y cómo ha salido sin permiso del Marqués?

MOGICA

Ha ido por corto tiempo, y en todo caso se la llamaría para que volviese.

DON GASPAR

Ya viene aquí el Marqués con Francisco de Borja.

ESCENA XI

DON GASPAR, EL MARQUÉS DE DENIA, MOGICA, FRANCISCO DE BORJA

DON GASPAR

(Saliendo al encuentro del Marqués.) Señor Marqués. Me dice Mogica que la Reina está en el campo. (Se adelantan Denia y Borja; éste es un señor de buena presencia, con barba, vestido con elegante sotana, faja y sombrero de alas cortas.)

DENIA

(Sorprendido y amostazado.) ¿Y ha salido sin mi licencia?

MOGICA

Yo, señor, ¿qué podía hacer?

DENIA

Pues impedirlo. Todos sois aquí unos ganapanes que no sabéis cumplir con vuestro deber.

MOGICA

Señor, yo no mando en la Reina ni en nada.

DENIA

(Furioso.) Pues yo mando en la Reina y en todo; y á ti, servidor desleal, voy á darte un trato de cuerda para que te acuerdes de mí mientras vivas.

BORJA

(Como fatigado de andar á pie, se sienta tranquilamente, se descubre y habla con la serenidad propia de un espíritu superior.) Calmaos, Marqués. No

seáis tirano con este pobre hombre. ¿Que la Reina ha salido de Palacio con su dama? ¿Tiene eso algo de irregular ó de indecoroso? De ninguna manera. Si está en casa de Valdenebros, allá iremos á buscarla.

DENIA

Voy á dar órdenes ahora mismo para que la traigan, de grado ó por fuerza.

BORJA

Doña Juana merece las atenciones más delicadas, no sólo por su alta jerarquía, sino por su endeble salud, agravada por el largo cautiverio en que se la tiene. Esto es una iniquidad. Seamos benignos con esta desgraciada Reina.

DENIA

Su hijo, el Emperador, no ha protestado nunca contra el trato que doy á su madre.

BORJA

Pues á eso contesto que el gran Carlos V me ha mandado aquí para que suavice los dolores de su anciana madre, alivie sus penas

y fortalezca su espíritu con la santa doctrina de Cristo Nuestro Señor.

DENIA

Trabajo os ha de costar reducir á la Reina á esa disciplina, pues Doña Juana se resiste tenazmente á todo acto religioso.

BORJA

Ya lo veremos. Esa es cuenta mía. Por de pronto, si ha ido á casa de Valdenebros dejémosla allí hasta mañana, y traigámosla con los mejores modos posibles para que no se agudicen sus trastornos físicos y espirituales.

DENIA

(Rezongando.) Está bien: se hará como decís; pero conste que vos seréis responsable de lo que ocurra.

BORJA

(Con dignidad, levantándose.) Respondo de eso y de cuanto sobrevenga en este negocio. Sabré cumplir siempre como sacerdote y como caballero.

Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa el exterior de una casa de aldea en las inmediaciones de Villalba del Alcor. En la fachada, la puerta de la vivienda, humilde; á derecha é izquierda poyos rústicos; encima emparrado de vid, que aún no ha echado la hoja; en los alrededores, árboles. Toda la decoración respira paz y sosiego campesino. Óyese el paso de un rebaño, cencerros lejanos. En el centro de la escena está sentada Doña Juana en una silla rústica. En los poyos ó en las banquetas, las personas que han acompañado á la Reina: Lisarda, Valdenebros, Marisancha y demás. Frente á Doña Juana, y á conveniente distancia, gran multitud de gente campesina, hombres y mujeres de diferentes edades, unos sentados y otros de pie; entre ellos chiquillos de ambos sexos, algunos de éstos descalzos y mal vestidos.

ESCENA PRIMERA

PERONUÑO, DOÑA JUANA, VALDENEBROS, LISARDA, POCA MISA, ANTOLÍN, SANCHICO

PERONUÑO

(Aldeano, dueño de la casa, se destaca de la multitud, y acercándose á la Reina, hinca una rodilla en tierra.) Señora y madre nuestra, que honráis con vuestra presencia este olvidado pueblo de Castilla, sabed que os ofrecemos nuestras vidas y haciendas.

DOÑA JUANA

Después de pasar la noche en Villalba del Alcor, en la dulce compañía de Valdenebros y Lisarda, he querido visitar una aldea de las más humildes de esta tierra, y por eso estoy aquí respirando con vosotros el aire campesino; no soy la primera castellana, ni tampoco la última: vosotros y yo somos lo mismo. Levántate, amigo.

PERONUÑO

(Poniéndose en pie.) Señora, cómo pasan años y años sin que podamos veros; vuestra visita

nos causa satisfacción tan grande, que no atinamos á expresarla. En mi larga vida no he tenido un gozo tan extremado como el que agora siento.

DOÑA JUANA

Eres muy viejo, Peronuño; tu cara me lo dice.

PERONUÑO

Tan viejo soy, señora, que me acuerdo de vuestra santa madre Doña Isabel cual si viéndola estuviera. Á estos pueblos á caballo venía con reducida escolta de jinetes y espoliques, buscando necesidades que remediar y pleitos que resolver. ¡Ah! No ha existido ni existirá en el mundo Reina como aquella. Cuando se la llevó Dios, estos pueblos quedaron desamparados y huérfanos. Y luego nos han traído esa caterva de flamencos que andan por acá rebañando los maravedises que con tantas fatigas ganamos.

VALDENEBROS

Buen Peronuño, no hables á la Reina de cosas tristes, que Su Alteza ha venido aquí á esparcir su ánimo, no á entenebrecerlo.

PERONUÑO

¿Cosas alegres? Pues verá vuesa merced: Ya era yo casado, y con hijos, cuando entraron en Tordesillas aquellos arrogantes caballeros que nos traían la buena nueva de las Comunidades. Les vi llegar ante nuestra Reina, que está presente, ofreciéndole devolverle el gobierno de aquestos reinos. Traían aparejada la Constitución hecha en Ávila para los reinos de Castilla, y tropa muy aguerrida, alzada en Toledo, Segovia, Salamanca y Zamora. Cerca de aquí empeñaron batallas y más batallas, pero...

DOÑA JUANA

(Interrumpiéndole dolorida.) No sigas; en Torrelobatón fueron desbaratados por las tropas imperiales, y...

PERONUÑO

Media legua de aquí, á las puertas de Villalar, vi entrar á Padilla, Bravo y Maldonado. Iban maniatados; y á la mañana siguiente, por mano del verdugo, perecieron degollados en Villalar.

DOÑA JUANA

(Muy emocionada.) Padilla dijo á sus compañeros: «Amigos, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy es día de morir como cristianos.»

VALDENEBROS

(Reprendiéndole.) ¡Peronuño!...

DOÑA JUANA

Dejadle que hable. Me ha recordado el día más triste de mi vida en este destierro.

PERONUÑO

Pues si la señora me da licencia, le contaré que también en un torreón de Simancas vi morir ahorcado al Obispo Acuña, el clérigo más animoso y más bravo que ha existido en España y en el mundo entero.

LISARDA

Ya se os ha dicho que no habléis de trági-

cos acaecimientos. Pedid á la Reina lo que deseáis para mejorar vuestra existencia campesina.

PERONUÑO

Si hubiéramos de importunar á la señora con la cantinela del malestar y las fatigas que acá sufrimos, no acabaríamos nunca. Aquí hay no pocas labradoras que se pasan la vida descuajando estos terrones para que todo se lo lleve el fisco. Adelántate, Poca Misa, y cuéntale á la Reina las apreturas que pasamos para malvivir en estos secanales.

POCA MISA

(Avanza entre la multitud.) Señora, si me dais licencia...

DOÑA JUANA

(Vivamente.) ¿Y por qué te llaman á ti Poca Misa?

POCA MISA

Porque nunca puedo oirla de cabo á rabo, ni aun agora que estamos en Semana Santa.

DOÑA JUANA

(Sorprendida). ¿Pero estamos en Semana Santa?

LISARDA

Sí, señora; salimos de Tordesillas el Lunes Santo.

DOÑA JUANA

No había caído en ello. Sigue..., sigue, Poca Misa.

POCA MISA

Soy viuda con seis criaturas; dos mellizos, á los que crié á mis pechos con ayuda de Dios Nuestro Señor. Huelgo decir á Vuesa Majestad el sin fin de mis trabajos. A los pequeñicos y á los mayorcicos cuidarlos de limpieza y sustento. Y aluego, en mi heredad, poner estas manos á todas horas para que la tierra nos dé lo que necesitamos para vivir.

DOÑA JUANA

¡Pobre mujer! Ahora comprendo que no puedas estar el tiempo debido en la iglesia.

POCA MISA

Ansí es, señora. Una mañana, al salir de la parroquia, topé con un fraile, que me echó

unos latines y me mandó quedarme en la iglesia. Yo me planté y le dije: «So hi... de tal, si quiere que yo me quede rezando aquí, vaya en mi lugar, coja el azadón, lábreme la tierra y cuídeme á los críos. (Risa general.)

VALDENEBROS

Muy bien, Poca Misa. Tu respuesta fué muy acertada.

DOÑA JUANA

¿Y los mellizos, te viven?

POCA MISA

Sí, señora. Sanos y gordos los tengo como las mantecas de Dios... Pues á lo que iba: las labradoras, que no tenemos más que el día y la noche, pedimos á Vuesa Grandeza que nos quite esa roña de pechos, alcabalas, foros, gabelas y otras socaliñas, y que no parezcan por acá esos zánganos que, so color de favorecernos, vienen á llevarse el fruto de nuestro sudor, para costear las endiabladas guerras de los países que llaman bajos, tierra de flamencos, y los países de romanos, de italianos, de turcos y los de infieles, que son las alimañas.

VALDENEBROS

No, mujer. Alemanias querrás decir.

POCA MISA

Lo mesmo da.

DOÑA JUANA

Yo me intereso por todos, y hablaré á mi hijo una y otra vez para que os alivie de tantas cargas onerosas. (Al oir esto prorrumpen todos en vítores y aclamaciones de júbilo. Los chiquillos tratan de romper las filas y lanzarse hacia la Reina, pero los padres les contienen.—Doña Juana, cariñosa.) Dejad, dejad que los niños se acerquen á mí. (Los chicos se acercan, y Doña Juana les acaricia. Los más pequeñitos quedan detrás como cohibidos, y dos mayorcitos se ponen delante, junto á Doña Juana. Ésta, además de acariciarles, les habla.) ¿De dónde sois? ¿Cómo os llamáis?

ANTOLÍN

Yo soy de Tagarabuena, tierra de Toro; me llamo Antolín y mis padres son labradores.

DOÑA JUANA

¿Y estudiáis algo? ¿Sabéis leer?

ANTOLÍN

Yo no sé leer; el que sabe es éste, que se llama Sanchico y estudia para cura.

SANCHICO

(Protestando.) Mentiroso. Sé leer y escribir, pero no estudio para cura.

DOÑA JUANA

(Acariciándole.) ¿Te incomodas porque tu amigo te dice que estudias para cura?

SANCHICO

Sí, señora; me incomodo porque no es verdad. Mi madre, que es lavandera de los frailes de San Francisco, me ha puesto á estudiar latín con uno que llaman Fray Alonso de Rebolledo; pero este señor, que antes que fraile fué soldado, no me enseña latín, sino el arte

de la guerra, y sabe más de batallas, de asaltos, de tercios, marchas y contramarchas que el Gran Capitán.

ANTOLÍN

(Riéndose.) Señora, no haga caso.

DOÑA JUANA

(Sonriendo.) ¡Hombre, más que el Gran Capitán! Mucho decir es eso. ¿Y qué te enseña tu maestro, fraile y guerrero?

SANCHICO

Muchas cosas. Ahora me enseña á manejar el arcabuz; ya sé apuntar y hacer disparos.

DOÑA JUANA

¡Que valiente! Y el día que sepas manejar el arcabuz, ¿qué vas á hacer?

SANCHICO

¿Qué voy á hacer? Pues el día que algún deslenguado se atreviera á hablar mal de Su Alteza y llamarla loca, le apunto á veinte pasos y le meto una bala entre ceja y ceja.

DOÑA JUANA

(Con sorna.) No, hijo, no tanto. No debemos ser tan violentos ni precipitados. Además, Dios manda que perdonemos las injurias y hagamos todo el bien posible á nuestros semejantes.

SANCHICO

Señora, déjeme á mí de perdones y de blanduras; yo no quiero más que guerra, guerra y guerra.

ANTOLIN

Señora, éste es de la piel del diablo.

SANCHICO

Yo he de llegar á mandar una tropa muy grande, con muchos caballos, pedreros, cañones; sitiar una plaza, tomarla, saquearla y llevarme el botín...

DOÑA JUANA

Y más que esas empresas guerreras, ¿no te gustaría una vida tranquila en tu casita, la-

brando una heredad y sacando de ella el trigo, hortaliza, fruta?...

SANCHICO

Señora, eso se queda para éstos del yo me lo guiso y yo me lo como.

ANTOLÍN

Pues yo...

DOÑA JUANA

Calla, calla. Este pica más alto que tú, y descollará en la guerra más que tú en la paz; pero la paz y la guerra combinadas hacen felices á los pueblos. Vosotros, cuando seáis hombres, trabajad por Castilla y hacedla venturosa y rica.

PUEBLO

¡Viva la Reina de Castilla!

DOÑA JUANA

(Muy turbada.) Reina de nombre nada más.

PERONUÑO

Su Alteza no es Reina efectiva porque no

quiere serlo. Recobre la señora los reinos que le han quitado, y todos seremos felices.

DOÑA JUANA

No, Peronuño. Los reinos de Castilla, Aragón, Nápoles, Milán, todo lo de Flandes y Alemania y los inmensos territorios del Nuevo Mundo, son gobernados por mi hijo Carlos.

PERONUÑO

Los países distantes, de cualquier religión ó estatuto que fuesen, no nos atañen poco ni mucho; lo que sostenemos y afirmamos es el deseo de que este sagrado suelo sea gobernado por su legítima Soberana, y nosotros, con ayuda de Dios, estamos decididos á derramar nuestra sangre por resucitar las Comunidades de Castilla.

TODOS

(Con gran estruendo.) ¡Viva Castilla!

VALDENEBROS

Lo que quiere decir este buen hombre es que la voluntad de Su Alteza dé vida á un Estado nuevo.

PERONUÑO

Eso, eso. Y los otros países que se arreglen como les cuadre.

DOÑA JUANA

¿Y ese nuevo Estado queréis ponerle en Rioseco, bajo la custodia y gobierno del Almirante de Castilla, don Fadrique?

PERONUÑO

No, no.

DOÑA JUANA

¿Por ventura queréis ponerle en Burgos, bajo la autoridad del Condestable de Castilla, que sería la cabeza del nuevo Estado?

PERONUÑO

Tampoco.

VALDENEBROS

Ni el Almirante ni el Condestable deben regir el nuevo Estado. Castilla debe ser inseparable de esta ilustre señora, hija y heredera de la gran Isabel.

DOÑA JUANA

¡Pobre de mí! Yo no sirvo para eso. Hablaré con mi hijo, y él os concederá lo que deseáis: un gobierno patriarcal... El pueblo en estrecha unión con la Corona.

PERONUÑO

Pero vuestro hijo es el Emperador, y el Emperador no nos quiere.

DOÑA JUANA

Sí os quiere. Yo sé que os quiere.

POCA MISA

(Manoteando.) El Imperio no quiere más que á los flamencos, y nosotros no queremos ni imperios ni flamencos.

VALDENEBROS

Poca Misa, cállate. Y vosotros todos oidme: Los flamencos no son tan malos como creéis.

Fraternizad con ellos; trabajad todos juntos en la labor de la tierra y en las artes, y veréis cómo al fin las comarcas españolas serán felices y ricas.

PERONUÑO

Procuraremos entendernos con los flamencos, y quiera Dios que el Emperador mire por estos desdichados pueblos.

POCA MISA

(Manoteando.) Bien venido sea el Imperio si nos ampara, pero á condición de que esta santa Reina sea nuestra Emperadora.

SANCHICO

(Aproximándose al grupo de mujeres.) Pero ¡qué bruta eres! No se dice Emperadora.

POCA MISA

¿Pues cómo se dice?

SANCHICO

(Con suficiencia.) Se dice Emperatriz.

POCA MISA

¡Cállate, arrapiezo: qué sabes tú! (En el grupo donde está Poca Misa y los chiquillos se hace algo de barullo.)

VALDENEBROS

(Acercándose.) ¡Callad, callad! Su Alteza será Reina efectiva de Castilla cuando ella se determine á cambiar su cristiana mansedumbre por una ambición gallarda más conforme con los deseos de su pueblo.

DOÑA JUANA

(Con dolorido acento.) ¡Dejadme..., dejadme á mí!... Quiero acabar mis días en la obscuridad..., en el silencio...

ESCENA II

Los mismos.—MOGICA, con un Montero de guarda y un Escudero de á pie.

VALDENEBROS

¿Qué hay, Mogica?

MOGICA

Que el Marqués sabe ya dónde está Su Alteza.

VALDENEBROS

¿Y viene á buscarla?

MOGICA

El Marqués no viene. Allá se queda renegando y diciendo pestes de la Reina. Ha mandado los coches, con encargo de llevarla á Tordesillas inmediatamente.

DOÑA JUANA

(Que ha oído á Mogica.) ¿A Tordesillas? Aquí,

aquí. ¡Pueblo castellano, no permitas que de ti me separen!... (Se tambalea y recobra su postura en la silla.)

LISARDA

Sosegaos; en el Palacio de Tordesillas dispondremos comodidades que no tenéis en esta aldea.

DOÑA JUANA

Comodidades, no; llaneza, igualdad con el pueblo.

PERONUÑO

La Reina está en lo cierto. El pueblo debe gobernarse á sí mismo en conformidad con la Soberana.

VALDENEBROS

(Que se aparta de la Reina y avanza hacia la multitud para sosegarla. Tras él va Mogica.) Lo que vosotros queréis es que el reino de Castilla se mantenga independiente de los demás Estados del Imperio de Carlos V, y dé á éste el contingente necesario de hombres y dinero para la vida común.

MOGICA

Esa misma idea es la que sostiene Su Al-

teza. Asimismo me lo dijo en Gante hace cincuenta años, cuando aún vivía el Rey Católico; y en el cautiverio de Tordesillas lo ha dicho también. Doña Juana lo que no quiere es gobernar por sí; pero su afán es que se gobierne á Castilla en esa forma que acaba de decir Valdenebros.

DOÑA JUANA

(Incorporándose agarrada á los brazos de Lisarda.) No me separen de mi pueblo.

PERONUÑO

¿Que van á venir los coches para llevarla á Tordesillas? Nosotros la llevaremos en nuestros brazos.

POCA MISA

(Gritando.) Los coches pa esa fantasiosa, pa la Marquesa, que todo lo quiere mangonear, para ser ella la dominanta, la imperanta, ó como se diga. Si yo gobernara en Castilla metería mano á esa ruin pécora y le pondría una rueca en la cintura y un huso en la mano, y le diría: hílame ese copo hasta que te pudras, mientras yo destripo estos terro-

nes. Yo destripo y tú hilas, y hasta que no acabemos no comemos. En esta tierra, como en todas, el que no trabaja no come.

PERONUÑO

Cállate, Poca Misa. No desbarres.

VALDENEBROS

(Dirigiéndose á Mogica.) ¿Y has dicho que no viene el Marqués?

MOGICA

El que viene es ese señor que fué Duque de Gandía.

VALDENEBROS

Sí, Borja; venga en buen hora el santo varón.

MOGICA

Los coches se quedan en aquel altozano, porque no pueden bajar hasta aquí.

VALDENEBROS

Ya los veo, y á Borja también, que á pie

se dirige hacia acá. (Acércanse hombres y mujeres; algunas de éstas, las más fuertes y vigorosas, rodean á Doña Juana, disponiéndose á llevarla en brazos.)

DOÑA JUANA

¡Ay! No quiero cansaros. ¡Qué buenas sois! La emoción de estar entre vosotros, la alegría de veros y oir vuestras voces han turbado profundamente mi ánimo; mi cuerpo desfallece y apenas puedo respirar. (Recostándose en el hombro de doña Lisarda, y acariciada por Marisancha y otras mujeres del pueblo, extiende su cuerpo cual si quisiera recostarse en un lecho. Habla aparte con Lisarda.) Oye, Lisarda: antes que me lleven á Tordesillas quiero hablar contigo. Recoge todo lo que me resta de mi escaso caudal y repártelo entre esta gente infeliz. Á Poca Misa le das lo preciso para que mantenga á sus hijos sin trabajos, y á este pobre Sanchico dale para que siga sus estudios con el fraile que le enseña el arte de la guerra.

POCA MISA

¡Viva nuestra Reina, que ahora es nuestra Emperatriz!

TODOS

¡Viva...!

DOÑA JUANA

(Con voz apagada.) Ni Reina ni Emperatriz. No quiero más que el descanso...

SANCHICO

¡Viva nuestra madre, que es la Soberana de Castilla, de España y del mundo entero! (Gran vocerío.)

ESCENA III

Los mismos.—BORJA, que viene descubierto.

BORJA

(Aproximándose al grupo, toma la mano de la Reina y la besa.) Señora, el pueblo quiere conducir en brazos á su adorada Reina.

POCA MISA

Y la llevaremos hasta el fin del mundo.

BORJA

Todo lo que hagáis, la Reina lo merece y mucho más.

DOÑA JUANA

(Reconociendo á Borja.) ¡Ah, Duque! ¿Estáis aquí?

BORJA

Como siempre, señora. Á la orden y servicio de Vuestra Alteza. Aunque la respuesta que disteis al Conde de Aguilar fué un tanto desabrida...

DOÑA JUANA

¿Desabrida? Ya no me acuerdo. No hagáis caso. Mi cabeza flaquea cuando me hablan de confesores. No creáis por eso que yo vivo apartada de la doctrina de Cristo Nuestro Señor.

BORJA

(Tranquilizándola.) ¿Cómo he de creer yo eso, señora? La observancia de las virtudes cristianas, la constante práctica de la caridad, el amor á los humildes, la paciencia y resignación en las desgracias, bien claro dicen la pureza de vuestra alma.

DOÑA JUANA

Es que podía explicaros...

BORJA

Por el momento no debéis atender más que á vuestra preciosa salud. (En aquel momento las mujeres suspenden suavemente el cuerpo de Doña Juana; doña Lisarda le sostiene la cabeza.) ¡Mujeres castellanas: llevad con cuidado el cuerpo de esta Reina, que ha padecido durante luengos años sin consuelo de nadie, sin exhalar una queja, sin protestar contra sus opresores! ¡Es una santa!

POCA MISA

Como santa la llevaremos.

BORJA

Vamos ya. (Pónense en marcha lentamente.—A Lisarda.) Vos, señora, seguid sosteniendo esa cabeza augusta, que archiva más de medio siglo de la historia del mundo.

Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La decoración del acto primero. En el centro de la escena, hacia la derecha, una cama portátil, en la cual está acostada Doña Juana en actitud soñolienta; á su lado, sentada, doña Lisarda y Marisancha. A su cabecera, en pie, el Doctor Santa Cara, hombre de avanzada edad. En la primera caja, á la izquierda, como si entrara de la calle, el Marqués de Denia, que al ver á Doña Juana queda suspenso. El Doctor Santa Cara dirígese á él de puntillas por no hacer ruido.

ESCENA PRIMERA

DOÑA JUANA, DOÑA LISARDA, MARISANCHA, DOCTOR SANTA CARA, MARQUÉS DE DENIA

DOCTOR

(En voz baja.) La hemos traído aquí, porque en su alcoba quejábase de falta de luz y aire respirable.

DENIA

¿Y va mejorando?

DOCTOR

Desgraciadamente, no. A la hinchazón de las piernas, que ya se manifestó ayer, debemos añadir las ampollas ó vejigaciones que en diferentes partes del cuerpo se han presentado en la noche última...

DENIA

Consecuencia de aquella salida imprudente que hizo, con la tecla de ir al campo á platicar con los aldeanos estúpidos, pegajosos... ¿Y vos, Santa Cara, aconsejasteis esa temeridad de salir al campo?

DOCTOR

Consultado por Valdenebros, dije á éste que la Reina debía salir, no por breves momentos, sino permanecer muchos días en Villalba del Alcor disfrutando del sosiego y los aires puros de aquella deliciosa campiña.

DENIA

Pues Valdenebros nada me dijo.

DOCTOR

Señor, yo no sé. Contesté á Valdenebros á la consulta que me hizo.

DENIA

(Contrariado.) Bueno, bueno... Sea cual fuere el motivo de esta nueva desazón de la Reina, ¿creéis, Doctor, que su estado es grave?

DOCTOR

Mi parecer es que el fin de Su Alteza... no está lejano.

DENIA

Descansará ella y descansaremos todos. Del estado mental de la enferma, ¿qué opináis?

DOCTOR

En su cerebro he podido observar cambios bruscos. A ratos se despeja y habla sin tino con personajes que no tienen realidad más que en su turbado pensamiento. Luego recae en su postración muda... Y pues está

aquí el santo varón Borja, que aproveche los momentos lúcidos para cumplir la misión que le ha dado la Sacra Católica Majestad del Gran Carlos V.

DENIA

(Con cierta sorna.) Pues seguramente, Borja no verá cumplidos los deseos del Emperador.

DOCTOR

¿Por qué?

DENIA

Hoy puedo asegurar, por averiguaciones recientes de buen origen, que esta señora sigue aferrada á la herejía, y para ella no hay más creencias que las insensatas doctrinas de ese maldito filósofo holandés que llaman Erasmo.

DOCTOR

(Sorprendido.) ¡Lástima que una señora tan compasiva y bondadosa incurra en tales desvaríos!

DENIA

(Notando que la Reina se mueve y murmura algunas palabras al oído de Lisarda.) Parece que des-

pierta... Voy á saludarla. (Acércase á la Reina y le besa la mano.) Señora, ya sé por el Doctor que sentís alivio en vuestra dolencia. Ánimo.

DOÑA JUANA

Ánimo no me falta; será lo que Dios quiera. Hace días que no veo á la Marquesa. (Óyese el sonido lejano de las matracas.)

DENIA

Precisamente la he dejado ataviándose para ir á la iglesia. Hoy es Viernes Santo y...

DOÑA JUANA

¡Oh, sí! Viernes Santo. Me pareció oir las matracas.

DENIA

Antes que mi esposa vaya con otras damas á San Antolín, á la solemne adoración de la Cruz, la traeré aquí para que salude á Vuestra Alteza.

DOÑA JUANA

Que venga, que venga pronto; deseo hablar con ella. (Vase el Marqués.)

ESCENA II

Los mismos; después EL MARQUÉS DE DENIA, con su esposa.

DOÑA JUANA

¡Viernes Santo! El día más triste de la cristiandad.

DOCTOR

Señora, todos los días del año son iguales. ¿Qué más da que en las torres suene el bronce de las campanas ó la madera de las matracas?

DOÑA JUANA

La tristeza y la alegría no están en las torres, Doctor, sino en las almas..., y la mía... (Entran Denia y su esposa, vestida de negro, elegantísima.)

MARQUESA

(Acercándose á la Reina y besándole la mano.) Ya sabemos que recobráis lentamente vuestra preciosa salud.

DOÑA JUANA

Os he llamado para...

MARQUESA

Mandadme, señora, lo que gustéis.

DOÑA JUANA

Hoy es día de pedir á Dios perdón de nuestras culpas, y yo, Marquesa, os pido que me perdonéis si en algo he podido ofenderos.

MARQUESA

(Asombrada.) ¿Perdonaros yo? ¡Al contrario; soy yo la que debo pedir perdón á Vuestra Alteza!

DOCTOR

Basta ya de perdones. Lo que la señora necesita es reposo..., tranquilidad...

MARQUESA

Y tomar algún alimento.

ESCENA III

Los mismos.—VALDENEBROS, que entra por la izquierda.

VALDENEBROS

Señor Marqués, en San Antolín está Borja esperando que se le traiga á la presencia de Su Alteza.

DENIA

Voy al instante. (Besa la mano de la Reina, coge á la Marquesa por un brazo y vanse.)

LISARDA

¿Qué alimento quiere tomar Vuestra Alteza?

VALDENEBROS

Caldo, leche, ó...

DOÑA JUANA

No quiero más que agua fresca.

LISARDA

¿Con miel?

DOÑA JUANA

No; agua pura.

VALDENEBROS

(Á Marisancha.) Tráelo, tráelo pronto. (Vase Marisancha.)

ESCENA IV

Los mismos.—BORJA y EL MARQUÉS DE DENIA, entrando por la izquierda.

DENIA

(En voz baja, deteniéndose en la puerta.) Ahí la tenéis con Lisarda, Santa Cara y Valdenebros. El desequilibrio y perturbación de sus facultades son notorios. Dudo que podáis conseguir de esa desdichada mujer el arrepentimiento, ó siquiera la confesión, de sus graves errores.

BORJA

Dejadme, Marqués. Yo sabré cumplir con mi deber. (Vase Denia. Borja permanece indeciso contemplando la escena. Luego se dirige hacia la Reina y le besa la mano.)

DOÑA JUANA

Permitidme que os llame con vuestro antiguo nombre, Duque de Gandía.

BORJA

Llamadme como gustéis, señora. Ya sabéis que vuestro hijo el Emperador me ha mandado venir á vuestro lado para que os conforte y guíe vuestra conciencia hacia la paz espiritual, que sólo se adquiere identificando el alma con la doctrina de Cristo. (Entra Marisancha con el agua. Lisarda coge el vaso y lo presenta á la Reina, que vacila antes de tomarlo.) Bebed, señora, tranquilamente, que tiempo tenemos de hablar.

DOÑA JUANA

Quiero el agua pura y limpia, como la que cae del cielo cuando lloran las nubes para fertilizar la tierra y purificar todas las cosas; quiero el agua traída por la divina esencia, licor no contaminado aún por las turbulencias de los ríos, que arrastran en su corriente todas las malicias, todas las miserias humanas. En esta idea se funda mi criterio religioso.

BORJA

Y vuestro criterio religioso, según he podido entender, deriva del sistema religioso de Erasmo, el cual dice que no nos cuidemos del formulismo ni de las exterioridades rituales, sino de la pureza de nuestro corazón y la rectitud de nuestras acciones.

DOÑA JUANA

(Suspirando fuerte.) ¡Ay, Duque, qué alivio..., qué frescura siento en mi alma al oiros!

BORJA

Eso es lo esencial; pero no debemos prescindir en absoluto de aquellos actos piadosos de espontánea dulzura en que la criatura se aproxima al Creador, llegando á identificarse con él. Esto que os digo, señora, no es incompatible con las ideas del filósofo de Rotterdam, que yo conozco muy bien porque he leído sus tratados teológicos, obra famosa harto divulgada en el mundo entero. Los Papas se han recreado en ella, y todos los tratadistas del mundo la celebran por lo ingenioso de la forma y la profundidad de los pensamientos.

DOÑA JUANA

Pues por creer yo lo mismo y empapar mi conciencia en esa obra, han dado aquí en la flor de señalarme públicamente como hereje.

VALDENEBROS

Fallo irreverente de la opinión maliciosa y vulgar.

BORJA

No sois hereje, señora. En el libro de Erasmo nada se lee contrario al dogma. Lo que hay es una sátira mordaz contra los teólogos enrevesados, los canonistas insubstanciales, las beatas histéricas y los predicadores truculentos, que han desvirtuado la divina sencillez con artilugios retóricos. Erasmo celebra la locura llamando locos á los grandes héroes que han enaltecido la humanidad, como Marco Aurelio y Trajano en la antigüedad; Pelayo, Alfonso el Sabio y el Santo Rey Don Fernando en la vieja España, y en los días presentes, vuestra gloriosa madre Doña Isabel.

DOÑA JUANA

Por eso yo no me tengo por loca, pues en mi larga vida nada he podido hacer que se destacara de lo común y vulgar. (En este momento Doña Juana se inquieta, se vuelve de un lado á otro, alza los brazos, fija sus ojos en un punto del espacio y exclama:) ¡Madre, madre! ¡Ay!

LISARDA

¡Por Dios, señora, sosegaos!

DOCTOR

Dadle agua otra vez con algunas gotas de ese licor sedante.

VALDENEBROS

Ahora no. Dejadla.

BORJA

Dejadla, sí.

DOÑA JUANA

(Incorporándose en el lecho, en plena alucinación, hablando con su madre.) ¡Madre mía! ¡Tú has sido

la Reina más excelsa que ha tenido España! Tú, cuando eras una Princesita inocente, sin experiencia de la vida humana ni conocimiento del interés público, enviaste una embajada á Sicilia con la misión de traer á Castilla al Príncipe Don Fernando, hijo del Monarca aragonés Don Juan II. Los embajadores que enviaste á Sicilia debían inducir al Príncipe á reunir los reinos de Aragón y de Castilla desposándose contigo. Todo se hizo conforme á tu generoso deseo, y los nuevos esposos pudieron asombrar al mundo con la famosa frase: «Tanto monta Fernando como Isabel é Isabel como Fernando.» Los Reyes Católicos, que así se os llamó luego, pudieron emprender y llevar á feliz término los hechos más grandes que registra la Historia. Tú, madre querida, emprendiste la conquista de Granada. Tú diste á Cristóbal Colón los medios para que os trajera de los mares remotos los territorios y las riquezas de América. Los honores, las pompas y grandezas deben ser para ti; para ti sola. Yo, que he sido y soy una desdichada Reina, que nada hizo que mereciera las alabanzas de la Historia, no ambiciono ser sepultada en regios, en marmóreos panteones. Quiero que mi cuerpo repose en esta tierra de Castilla, sin

otro emblema que una cruz de madera, ni más adorno que las flores del campo.

LISARDA

Recuéstese, señora; trate de conciliar el sueño.

DOCTOR

(Después de pulsarla apártase un poco del lecho, y acercándose á Borja hablan los dos en voz queda.) El delirio es producido por la fiebre, y no me atrevo á darle mayor dosis del licor sedante.

BORJA

¿No sería mejor suspender la medicación por el momento y dejarla en su reposo natural?

DOÑA JUANA

(Se vuelve al otro lado y busca tanteando la mano de Borja.) Duque... ¿Estáis aquí?

DOCTOR

Aquí está, señora.

BORJA

Yo no me separo de Vuestra Alteza.

DOÑA JUANA

(Coge la mano de Borja y la besa.) Siempre á mi lado, Duque; siempre. ¿Qué me mandáis?

BORJA

Nada os mando. Os suplico que durmáis y estéis tranquila.

DOÑA JUANA

¡Ay! No sé, no sé si podré obedeceros, Duque. (Doña Juana, acongojada, deja caer la cabeza en la almohada. El Doctor y Borja se apartan silenciosamente, y hablan á solas en la primera caja de la izquierda.)

DOCTOR

Esto se acaba.

BORJA

Es posible que el sueño, aclarando su entendimiento, la ponga en condiciones de cumplir con los deberes cristianos.

DOCTOR

Aguardaremos.

BORJA

Confío en que Dios nos dará la ocasión oportuna para que pueda recibir los Santos Sacramentos.

DOÑA JUANA

(Muy inquieta, desprendiéndose de los brazos de doña Lisarda, se incorpora, pronunciando palabras incoherentes.) ¡En Castilla...! ¡Entiérrame en Castilla..., hijo mío!...

BORJA

Ya delira otra vez.

DOCTOR

Nada podemos ya.

DOÑA JUANA

(En pleno estado de alucinación, como si viera en la realidad la imagen de Carlos V.) ¡Carlos, hijo mío!... Largo tiempo has estado ausente de tu pobre madre... Ausente cuando murió mi padre el Rey Católico... Ausente cuando me visitaron aquí los Comuneros, degollados en Villalar en día lastimoso... Ausente cuando mi pobre Catalina fué enviada á Portugal

para desposarla con el Rey Don Juan III... Sola, triste y desolada permanecí años y años, cuando tú vencías y aprisionabas á Francisco I en los campos de Pavía... Cuando tus tropas saqueaban á Roma y se apoderaban y encarcelaban al Papa Clemente VII y mandabas hacer rogativas por la libertad de este Pontífice. Sola y triste permanecí en Tordesillas cuando tú conquistabas á Túnez... Cuando aniquilabas en la jornada de Muhlberg á los luteranos alemanes... Y ahora el César, el glorioso César, vive abrumado por su propia grandeza y por la extensión de su colosal poderío... ¡Hijo de mi alma, yo he permanecido triste y olvidada en este pobre solar de Castilla, donde quiero morir!... Mi último pensamiento es para decirte que, hastiado de tanta grandeza, abdicarás en mi nieto Felipe y buscarás el reposo en la soledad de un Monasterio... Vete, vete pronto... El gran Carlos V de Alemania y I de España hallará en el claustro la paz que anhela. (Repitiendo con voz cada vez más apagada la última frase, reclina la cabeza en la almohada y calla.)

BORJA

(Al Doctor.) Parece calmada.

DOCTOR

Pero esa calma no será duradera. (Entran por la izquierda la Marquesa de Denia y otras dos damas de la Reina, vestidas de negro; vienen de la función religiosa en San Antolín.)

BORJA

(Avanzando al encuentro de las tres damas.) No conviene turbar el reposo de Su Alteza. Hace un rato deliraba y ahora se ha iniciado la sedación. (Las señoras, entristecidas, contemplan á distancia el rostro de la enferma. Entran por la izquierda Mogica, dos servidores de la casa y algunas dueñas. Borja les impone silencio por señas. Entran después Denia y su Secretario, don Gaspar de la Cueva.)

DOÑA JUANA

(Se despeja, y agarrándose á Lisarda le dice:) El Duque, ¿está aquí?

LISARDA

Á la izquierda le verá Su Alteza.

BORJA

Aquí estoy esperando sus órdenes.

DOÑA JUANA

(Con voz tenue y cariñosa.) Duque, me indicasteis que la doctrina de Erasmo no es herética.

BORJA

No fué indicación, sino declaración explícita de que tal doctrina no se aparta del dogma. Desechad todo escrúpulo, señora; tranquilizad vuestra conciencia, y ahora, en plena serenidad de vuestro espíritu, confesad la fé de Nuestro Señor Jesucristo. (Saca de su pecho un Crucifijo y lo da á Doña Juana, que amorosamente lo besa, estrechándolo después contra su corazón.)

DOÑA JUANA

¡Jesús mío, siempre te adoré!... Dame la eterna paz... que ansío.

BORJA

Rezad el Credo, señora. (Todos se arrodillan.)

DOÑA JUANA

Mi voz se apaga ya. Decidlo vos y yo lo iré repitiendo.

BORJA

(Con acento solemne.) Creo en Dios Padre Todopoderoso... (Doña Juana lo repite.) Creador del cielo y de la tierra. (Doña Juana repite cada vez con voz más tenue.) En Jesucristo, su único Hijo... (Doña Juana repite trabajosamente, da un fuerte suspiro y calla. Pausa. Expectación. Borja, después de observar de cerca la faz lívida de la Reina.) Ya expiró... ¡Santa Reina! ¡Desdichada mujer! Tú, que has amado mucho sin que nadie te amase; tú, que has padecido humillaciones, desvíos é ingratitudes sin que nadie endulzara tus amargores con las ternuras de familia; tú, que socorriste á los pobres y consolaste á los humildes sin vanagloriarte de ello, en el seno de Dios Nuestro Padre encontrarás la merecida recompensa. (Murmullo de rezos en todos los presentes. Suenan con fuerza las matracas en las vecinas torres.)

Telón muy lento.

FIN DEL DRAMA

LS
P4387s
245220
Author Pérez Galdós, Benito
Title Santa Juana de Castilla.
NAME OF BORROWER

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU